

una ciudad determinada, juraba que él quería hacer crecer la hierba en sus calles; y como mantuvo su promesa, otro gran personaje arrojó cuatrocientos votos en un condado, dando además comienzo á doscientas veinticinco acciones civiles. Hombres semejantes pueden con facilidad dominar un condado irlandés, para lo cual no necesitarán más que desprenderse de una pintura de su galería ó de una joya antigua de su colección.»

El conflicto no siempre fué conjurado, á pesar de aquella escrupulosa abstención de transporte de personalidades.

*Jueves 11 de Junio.*—Voy desde la oficina á la Cámara, que se estaba ocupando del bill de Stanley sobre el registro en Irlanda. Aquella noche la sesión fué verdaderamente borrascosa. No he visto jamás comportamiento tan impropio ni oído lenguaje tan insultante en el Parlamento. Lord Norreys había perdido el juicio y alborotaba de un modo espantoso. Lord Maidstone tenía unos modales tan descompuestos, que yo creo que estaba ebrio. Por fin, después de largo tiempo de conducirse casi todos de un modo excesivamente grosero, por lo que lord Eliot me expresaba su disgusto, tuvo lugar un tumulto atroz. O'Connell fué tan rudamente interrumpido, que usó la expresión «bramidos bestiales». Entonces se levantó un alboroto tal como no lo produce el populacho en el teatro de Covent Garden, ni le iguala un tumulto de marineros. Por todos lados hombres de pie agitando los puños y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Freshfield, que estaba en la presidencia, se hallaba enteramente fuera de su elemento, y olvidando la situación en que se hallaba la Cámara en aquel momento, se imaginaba estar en la Sala Exeter ó en Crown y Anchor, y decía:

«En vista de haber muchos miembros de la misma opinión, hagan el favor de expresarla levantando las manos»; fué completamente incapaz de poner el menor orden en aquella tormenta que se le vino encima. O'Connell bramaba como un toro, y nuestras gentes y yo entre ellos, deplorando y condenando su violencia, creíamos que era en parte explicable por la provocación que la había precedido. Carlos Buller habló con talento, como siempre lo hace, y con la seriedad, dignidad y propiedad que jamás abandona. Una escena corta, pero muy interesante, tuvo lugar entre O'Connell y lord Maidstone, que en aquel tumulto pasó desapercibida para muchos y que yo conservo cuidadosamente. «Si, decía lord Maidstone, la palabra brutal se retira, yo me doy por satisfecho; de lo contrario, no. No me preocupo de que el noble lord quede ó no satisfecho. Yo deseo dar á usted mi satisfacción. Aconsejo al noble lord que lleve su embriaguez de un modo tranquilo. Por último, el tumulto concluyó por cansancio físico, que vino cuando los agitadores constantes de la oposición llevaban gritando desde las seis sin dejarlo un momento.» Fuí á mi casa con dolor de cabeza y desanimado. Pero ¡cuán diferente la estructura de mi inteligencia de lo que era hace dos años! ¡Cuán profundamente la felicidad doméstica ha cambiado toda mi manera de considerar la vida! Tengo mi parte de inquietudes, molestias y ambiciones, pero ahora constituyen tan sólo un elemento secundario en mi vida.

Noviembre, 1839.

Querido Napier: Devuelvo el escrito sobre Clive, rogándole se acuerde usted de dejarme revisarlo nue-

vamente. He variado el último párrafo con objeto de hacerlo más claro y armonioso, pero no consiento en omitir el último cumplimiento, bien ganado (1), para mi querido y antiguo amigo lord Guillermo Bentinck, de quien Victor Jacquemont dice verdaderamente con mucha gracia que sería el Guillermo Penn sobre el trono del Mogol, y á la cabeza de 200.000 soldados.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Este personaje, desde su vuelta de la India, tomó una parte activa y á veces hasta turbulenta en la política, como miembro del Parlamento con el carácter de representante de Glasgow. Los que recuerden las últimas palabras del *Ensayo* sobre lord Clive de Macaulay, podrán comprender la inquietud de Mr. Napier ante la idea de éste de colocar en un pedestal literario tan visible la efigie de un hombre que, con el tiempo, había venido á ser mirado, como puede decirse, el representante radical de un gran pueblo escocés en un periodo de reacción conservadora.

Londres, 14 de Octubre 1840.

Querido Napier: Estoy contento de que usted lo esté conmigo (2). Confieso que hay allí en este trabajo exceso de ultrajes, de los que hacía tiempo me había propuesto no preocuparme.

(1) Como guerrero, la historia puede asignarle un lugar al nivel de Lúculo y Trajano; mientras que, como reformador, tampoco le puede negar una parte de la veneración con que Francia mira la memoria de Turgot, y con que las últimas generaciones de indos contemplan la estatua de lord Guillermo Bentinck.

(2) Esto se refiere al artículo sobre la Historia de los Papas de Bon Ranke.

Tengo dos planes, ó por mejor decir, tres, en mi cabeza. Dos de ellos, pienso que pueden llevarse á cabo en el próximo número. Hace Gladstone otro libro acerca de la Iglesia. El asunto me pertenece, especialmente porque en él dirá alguna cosa referente á mi artículo anterior.

Leigtz Hunt ha publicado una edición de Congreve, Wycherley y Farquhar. La he visto en los escaparates de las librerías, pero no he hojeado todavía el libro. Conozco sus obras y la historia literaria de su tiempo, material suficiente para hacer un artículo humorístico. La controversia de Collier Congreve á propósito del drama, merece ser mejor conocida de lo que lo es, y está llena de anécdotas curiosas y entretenidas acerca de Wycherley. Si usted quisiera decir á Longman que me envíe el libro, yo vería si me era posible dar á usted un artículo corto y animado.

Mi tercer plan no puede ejecutarse por ahora. Es hacer una revista de la Historia del Consulado y el Imperio de Napoleón, escrita por Capefigue. Creo que no se ha hecho hasta ahora, que yo sepa, una pintura del carácter de ambos, hombre y gobierno, tal como lo merece el asunto. Pero todavía están por publicarse dos volúmenes del libro de Capefigue, si no más, y aunque este autor escribe con pasmosa rapidez, difícilmente se podrá comenzar á trabajar sobre este libro el año próximo.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Londres, 29 de Octubre 1840.

Querido Napier: He recibido el libro de Hunt y me le llevaré á Southampton, á donde espero poder ha-

cer ahora un corto viaje. Me propongo pegar fuerte á Hunt á propósito de Jeremías Collier, para con quien es sumamente injusto. En mi opinión, Collier es uno de los más grandes bienhechores de la humanidad de nuestra historia.

¡Pobre lord Holland! Es en vano lamentarse. Toda una generación se ha ido al sepulcro con él. Mientras él vivía aún, todos los grandes oradores y hombres de estado de la pasada generación, parecía que vivían también. ¡Qué abundancia de datos históricos se ha llevado consigo! Su afecto, generosidad y franqueza eran de más valor aún que su fina caballerosidad. Me era sumamente querido.

Siempre de usted muy de veras,

T. B. MACAULAY.

Londres, 13 de Noviembre de 1840.

Querido Napier: Ayer por la tarde recibí el libro de Gladstone y le estoy leyendo.—Lo que hago no puede tener forma de revista, porque observo en este libro muy poco que se refiera á la política, y también muy poco que no pueda ser dicho de igual modo por su defensor del sistema voluntario.—Es verdaderamente un tratado teológico, y no tengo condiciones para empeñarme en una discusión acerca de la naturaleza de los Sacramentos, la acción de las órdenes sagradas, la visibilidad de la Iglesia y otros puntos de la misma materia, excepto cuando se relacionan, como en el libro anterior lo estaban, con cuestiones de gobierno. No tengo disposición para asustar á nadie á propósito de la recepción espiritual del cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía ó de la regeneración bautismal. Probaré á

darle á usted un trabajito sobre asunto muy diferente, Wycherly y sus demás compañeros insignificantes, cuyas indignas fantasías acaba de editar Seigh Hunt.

Me parece que no sería mal recibida una vida de Warren Hasting y señalo por mío el asunto. Quiero intentar hacer un artículo interesante siquiera como el de Clive, aunque temo me salga frívolo.

El estado de cosas en Edimburgo me ha molestado mucho. Craig me avisa que no vaya, al menos por algún tiempo; pero si no hago por ir pronto, no me sería posible ya hacerlo en todo este año. ¿Qué haría usted en este asunto?

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

A la verdad, lo que ocurría en el Norte no era muy animador. Todo Escocia estaba en ebullición dividida entre dos grandes controversias, y surgían las oleadas de la pasión religiosa, fuertemente excitada con motivo de la cuestión de la extensión de la Iglesia, precursoras de la tormenta que había de surgir bien pronto con ocasión de la del patronato, más importante por el momento. Lord Melbourne y sus colegas desconocían la fuerza y medios de uno y otro de los dos movimientos. Incapaces de amar la opinión del país, se limitaban á intervenir de vez en cuando consiguiendo tan sólo acentuar más el desacuerdo y hacer las dificultades más insolubles que nunca. La nación estaba dividida en campos mal definidos, pero no por eso menos hostiles. En los palacios y en las chozas, en el púlpito, la prensa, los presbiterios y los tribunales, los hombres de iglesia luchaban con los disidentes y entre sí unos con otros. La disputa era una de aquellas cuyo

asunto no se llega á establecer jamás de un modo definitivo, á no ser poniendo la materia de discusión en concordancia con los principios de Payley el tejedor, y el pastor Perthshire, que fueron principio de inteligencia mucho más clara que lo habían sido jamás las proposiciones de los ministros de Su Majestad. Era opinión general de los amigos de Macaulay, en Edimburgo, que haría bien en evitar exponerse á los golpes que de seguro caerían sobre la cabeza de su representante en el Parlamento, en un tiempo en que sus electores estaban empeñados en semejante lucha intestina. Ciertamente tuvo en cuenta su comodidad é intereses políticos, cuando decidió abstenerse de una intervención que habría ofendido á muchas partes sin contentar á ninguna.

Londres, 8 de Diciembre 1840.

Querido Napier: Trabajo en mi artículo acerca de Hunt siempre que tengo una hora desocupada é intento hacerle agradable á los amantes de la literatura ligera.

No quiero atormentar á usted con argumentos acerca de la cuestión de Oriente. Mi opinión es ya antigua. A menos que Inglaterra pensara permitir una partición del imperio Otomano entre Francia y Rusia, no podía obrar de otro modo que como ha obrado. Si el tratado de Julio no hubiese sido firmado, Nicolás hubiera podido hacerse dueño de Constantinopla y Thiers de Alejandria. Una vez hecho el tratado, yo jamás hubiera consentido que se faltase á él cualquiera que hubiese sido el peligro que esto pudiera llevar consigo. Estoy satisfecho de que el partido de la guerra

en Francia sea insaciable é inexorable; que las concesiones solamente le hayan fortalecido y alentado, y que después de haberlo rebajado hasta las últimas humillaciones, hagamos pronto nosotros la guerra sin aliados y á cada uno sus perjuicios. La política que se ha seguido no solamente creo que es justa y honrosa, sino que también la considero altamente pacífica. Si se conservará la paz del mundo por mucho tiempo no pretendo asegurarlo, pero sí afirmo que las mayores probabilidades de conservarla están en cumplir con lealtad el tratado de Julio y hacerlo cumplir resueltamente. Por mi parte puedo decir á usted con ingenuidad que, si el curso de los acontecimientos obligase á Palmerston á dimitir, yo dimitiría con él aunque nadie me siguiese. Hay que tener presente lo que declaró el último ministerio de Luis Felipe con respecto á las islas Baleares. ¿Fueron jamás proclamados tales propósitos ante la faz del mundo á no ser en una banda de piratas ó en una cueva de ladrones? Véanse los discursos de Barrot acerca de Inglaterra. ¿Va á abdicar nuestro país de su rango y posición por amistades como estas, sumiéndose en una vergonzosa dependencia? Me gusta tan poco la guerra como á Sir Guillermo Molesworth ó á Mr. Fonblanque. Es estúpido y perverso clamar por la guerra, tan sólo por la guerra misma, como hacían los de la Montaña en París. Yo no quiero jamás guerras ofensivas ni dar motivo alguno á ningun otro país que pueda interpretarle como un caso evidente de guerra. Pero tampoco quiero abstenerme de hacer aquello que creo justo que yo haga, porque un vecino me amenazase con una guerra injusta, primero porque creo que así lo exige la política que á veces trae consigo la guerra de un modo inevitable, y segundo

porque pienso que, aunque es un gran mal, es menor que una humillación ó servidumbre nacional.

En el caso presente, considero el modo de obrar el gobierno irrecusable. Si prevalece Guizot, es decir, si dominan los temperamentos de la razón, la justicia y el bien público, no tendremos guerra. Si, por el contrario, se hacen dueños de la situación los redactores del *Nacional* y los cantores de la *Marsellesa*, podremos no tener paz. A cualquier costa, á cualquier riesgo, hay que arrojar estos bandidos del poder, porque de no hacerlo así, concluirán con todo el comercio, civilización, orden é independencia de las naciones.

Todo lo que he escrito á usted es confidencial, no porque dude en proclamar la sustancia de lo que acabo de decir en los consejos de los ministros ó en la Cámara de los Comunes, sino porque yo no mido mis palabras para hablar conmigo mismo ó con su amigo. Pero me he excedido y habría hecho mejor consagrando la última media hora á Wycherley.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Londres, 11 de Enero de 1841.

Querido Napier: Si usted está contento de mi artículo sobre los dramáticos, lo estoy yo también. Le concedo, sin embargo, menos valor que á ninguno otro de los que he escrito desde que era muchacho.

He abierto de mala gana el libro de Gleig sobre Warren Hastings, y no puedo juzgar de si podré criticarle antes de estar terminado. No estoy completamente seguro de que asunto tan vasto quepa en dos

artículos. La escena del primero estará principalmente en la India. La guerra de Rohilla, las disputas de Hastings y su consejo, el carácter de Francisco, la muerte de Nuncomahr, el nacimiento del imperio de Hyder, la toma de Benarés y muchos otros asuntos interesantes, pueden dar materia más que suficiente para un artículo. En el segundo, la escena se traslada á Westminster. Allí podemos presentar la coalición, el bill de la India, la acusación, los caracteres de los hombres notables de aquel tiempo, desde Burke, que dirigió la prosecución de los designios de Hastings, hasta el infame Tony, que primero le defendió y luego le difamó. Con dificultad sé de una historia tan interesante y tan variada y cuya figura principal sea en tan alto grado extraña y majestuosa. Considero á Hastings, aparte de algunos lunares, uno de los hombres más grandes que ha producido Inglaterra en todo tiempo. Tenía dotes sobresalientes de gobierno y también gran talento, gusto delicado, espíritu superior, y una ecuanimidad heroica en medio de las adversidades y peligros. Fué un hombre por quien la naturaleza había hecho más de lo que pretendía el filósofo estoico solamente para sus discípulos. *Mens æqua in arduis* es la inscripción que hay bajo su retrato en la casa del gobierno en Calcuta, y jamás se ha puesto lema más apropiado. Su historia no ha sido nunca contada como merece. La relación de la administración de Hastings hecha por Mill es verdaderamente la parte más hábil, á mi juicio, de su trabajo, pero es seca; mientras que Gleig, que ha mejorado mucho desde que escribió la vida de sir Tomás Munro, no se ocupa apenas de este asunto. No soy tan vano para pensar que puedo hacer á Hastings completa justicia, pero el éxito de mi trabajo acerca de Clive me ha

animado y tengo la ventaja de estar á todas horas en conversaci3n con Trevelyan, que est3 perfectamente bien enterado del lenguaje, maneras y diplomacia de las cortes indas.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Londres, 26 de Abril de 1841.

Querido Napier: Me he arreglado con Leigh Hunt acerca de un trabajo sobre Colmans, que podr3 estar listo para el n3mero de Julio. El ha escrito algunas l3neas verdaderamente hermosas acerca de la reina, quien ha sido muy ben3vola para 3l, envi3ndole dinero y patrocinando sus pretensiones. Se me ha ocurrido si el pobre Southey muere—y hasta sus mejores amigos deben ya desearlo—que Leigh Hunt podr3a verdaderamente con justicia tener el laurel, si contin3a aquella absurda moda, 3 por lo menos la pensi3n y el saco.

S3 que usted puede convencer 3 Rogers de que nos escriba una noticia corta sobre el car3cter de lord Holland; nadie conoca su casa tan bien, y Rogers es m3s que un mediano artista en prosa (1).

En cuanto 3 lord Cardigan, viene mereciendo alg3n castigo desde hace diez a3os; pero no me molestar3 en escoger lo que he de decir en contra suya.

(1) En una carta del 14 de Mayo escrib3 Macaulay: Lady Holland lleva su atenci3n conmigo hasta el punto de revisar la protesta de la C3mara de los Lores de su marido, que yo dif3cilmente conozco quien pudiera hacerlo, as3 es que no puedo rehus3rselo.

sino tan s3lo aquello que yo piense ser justo. Supondr3 usted f3cilmente que esto no me preocupa.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Durante la legislatura de 1841, Macaulay tuvo poco que hacer como ministro de la Guerra en la C3mara de los Comunes, excepto defender 3 lord Cardigan, que era, sin embargo, ocupaci3n suficiente para un ministro. Mr. Kinglake, que aprovechaba gozoso y aun con exceso todas las ocasiones que se le presentaban de estudiar el mando de este personaje, describe su car3cter en un pasaje casi demasiado bien conocido por lo mucho que se ha citado. No teniendo ascendiente personal que le hiciera digno de la consideraci3n y aprecio de los dem3s, no era sin duda merecedor de ejercer autoridad alguna sobre caballeros ingleses. Fu3 ciertamente crueldad del destino, colocar seres humanos bajo el poder militar de un oficial tan arbitrario y ru3n. La idea de que semejante hombre hab3a sido capaz de adquirir para s3 un derecho 3 tener ingleses bajo su dependencia militar, me subleva.

Lord Cardigan compr3 para s3 de Cornet el cargo de teniente coronel por siete a3os y por un desembolso, se dice, en cuatro plazos, de muchos miles de libras. A comprador tan generoso le fu3 permitida, por supuesto, la elecci3n del objeto que compraba, y elig3 uno de los mejores regimientos de caballer3a, que sumi3 en un lodazal de esc3ndalo, favoritismo, peque3as tiran3as 3 intrigas, constituyendo para sus oficiales una desgracia mayor que la m3s espantosa miseria el hallarse mandados por un oficial que, sien-